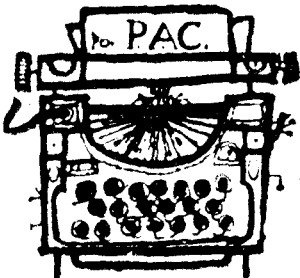


escrito a máquina

El Cristiano ante las puertas del nuevo tiempo



Decía Pablo VI al clausurar el Concilio: "El camino hacia Dios pasa por el hombre; el descubrimiento de Dios pasa por el descubrimiento del hombre; el servicio de Dios pasa por el servicio del hombre: es preciso aprender a amar al hombre para amar a Dios".

Al detenernos en la puerta de esta Semana Grande —en que el cristiano conmemora la pasión, la muerte y la resurrección de Cristo— bueno es volver los ojos y preguntarnos si el camino que venimos recorriendo pasa por el hombre.

Hace ya tiempo que el Concilio Vaticano II sacudió la vieja rutina del "ser cristiano" con un llamado a los laicos, a los seglares, para incorporarse al movimiento renovador del cristianismo, pero ese llamado todavía no encuentra cauce apropiado entre nosotros. Se ha operado un gran renacimiento —no por silencioso menos impresionante— en el cristianismo seglar nicaragüense, pero los principales obstáculos para que esas fuerzas actúen y rindan fruto son todavía las resistencias y obstáculos de un cristianismo arcaico y egoísta (no dudamos que devoto) cuyo camino hacia Dios elude pasar por el hombre. Cristianismo de engalanadores de templos y fomentadores de kermeses que olvidan la pobreza del prójimo, la justicia que se le debe al prójimo, o como dice el Papa, que el servicio de Dios pasa por el servicio del hombre".

Al llamar al laico a actuar dinámicamente como cristiano, el Concilio reconoce y señala una nueva situación sociológica en el mundo actual: el surgimiento de un mundo autónomo con autoridad propia e independiente del tutelaje clerical, es decir, reconoce lo que se ha llamado "la liberación de lo profano" —que es un fenómeno propio de nuestro tiempo— y en vista de ese fenómeno, postula la necesidad de formar apóstoles para lo profano. ¿Qué significa esto aplicado a nuestras realidades nicaragüenses? —Que se está verificando entre nosotros el fenómeno de un desarrollo económico y socio-cultural cada vez más complejo: el desenvolvimiento comunal con organismos comunitarios y técnicos, el proceso de reforma agraria; el desarrollo cada vez más técnico del cooperativismo y del sindicalismo lo mismo que la promoción de una clase media culta, activa y dirigente; un avance cada vez más científico de técnicas del desarrollo, de profesores humanistas y técnicos, de intelectuales y de verdaderos dirigentes políticos — y que todo este mundo profano pide una "pastoral" completamente nueva donde sólo el laico puede llevar el mensaje de Cristo para que todas esas formas profanas se humanicen conforme el espíritu del Evangelio.

El Concilio recuerda que ser cristiano es ser OTRO CRISTO y que el cristiano laico es por ello un apóstol nato PERO LO ES EN TANTO QUE HOMBRE DE MUNDO. El laico no es "otro Cristo" en cuanto se parezca más a un clérigo, sino en cuanto es más él mismo: hombre de mundo, soltero o casado, moviéndose en la esfera de su mundo. Y su condición tiene un origen sacramental: es por el Bautismo y por la Confirmación que ha recibido un sacerdocio que tiene que ejercitar en su mundo.

Por eso el laico tiene carismas especiales que le ayudan en el tipo de "apostolado" propio en lo profano, y el Concilio pide e insiste que los obispos y sacerdotes abandonen ese peligroso paternalismo que los lleva con frecuencia a utilizar al laico para ellos y no para su propia misión.

La nueva labor de la Iglesia es preparar y lanzar al cristiano laico a que ocupe su puesto SACERDOTAL —realmente sacerdotal— en todas esas estructuras del mundo profano. Debe ser enseñado —dice el "Consejo Episcopal Latinoamericano" comentando la resolución del Concilio— no sólo a oponerse al pecado individual, no sólo a considerar ofensa a Dios el sexto mandamiento, sino a oponerse a los tremendos pecados sociales como la explotación, la ignorancia, la mantención de la miseria, el abuso del poder y del dinero. Debe orientarse hacia la acción positiva, competente y responsable en el orden de las cosas temporales: que sean los cristianos los que se preocupen, luchen y terminen con las aberraciones políticas y con las injusticias sociales. Esta es la voz del Concilio (y no las adhesiones de esparadrapo clerical). Este fue también el mensaje de Juan XXIII, el más grande Papa de la Edad Moderna.

La revolución, la transformación que el cristianismo tiene que verificar en nuestro Continente —dice el Consejo de los Obispos Latinoamericanos— "ha de ser cristianamente motivada por el clero, pero efectivamente realizada por los laicos o seglares". "Hombres de mundo, su tarea irremplazable debe ANTE TODO realizarse en el ámbito secular y profano de la existencia humana".

"El servicio de Dios pasa por el servicio del hombre".